



Columna



Raúl Fernández Vásquez,
cronista rural

Las caletas y su memoria

En otro tiempo -como sabemos- el territorio que comprende el Seno del Reloncaví fue recorrido por grupos canoeros nómades conocidos como chonos. Ubicados entre el archipiélago de Chiloé y la península de Taitao, y dedicados a la caza y a la recolección (lobos marinos, aves, peces, recolección de mariscos), viajaban en grupos, en canoas de tablas cosidas llamadas “dalcas”. Testimonios de la presencia de grupos aborígenes por el territorio son los conchales esparcidos a lo largo de la costa, más de alguna toponimia y los saberes vinculados al mar.

La llegada de los españoles a la zona de Chiloé iría configurando una cultura del bordemar, con la integración de prácticas como la pesca, la horticultura, el marisqueo a pie y la cría de animales, dando inicio a la movilidad marítima. Fue así como en las costas se fueron instalando astilleros, poblados y caletas que perduran hasta hoy.

De acuerdo a la ley, éstas se definen como “la unidad productiva, económica, social y cultural ubicada en un área geográfica delimitada, en la que se desarrollan labores propias de la actividad pesquera artesanal y otras tareas relacionadas directa o indirectamente con la pesca artesanal”. En Chile, de acuerdo a la Subsecretaría de Pesca, “más del 90% de las caletas se encuentran en las categorías menos desarrolladas”.

Como fuese, en el tramo inicial de la Carretera Austral, nues-

tras llamadas caletas se van presentando una a una mientras se viaja hacia el sureste: península de Coihuin, Piedra Azul, Quillaipe, Metri, Lenca, Chaicas, Caleta Gutiérrez y Caleta La Arena. En ellas encontramos asentamientos de pescadores, recolectores de orilla, cultivadores de algas o choritos, quienes junto a sus labores productivas, han dado vida a comunidades con las particularidades propias de cada sector.

La presencia de la madera en antiguas casas de campo y viejos galpones, en escuelas y capillas, en la práctica de la carpintería de ribera, así como también la utilización de diversos artilugios de pesca y de “marisquería”, evocan un pasado que ha ido dando paso a cambios significativos en la vida comunitaria del territorio, entre otros, el mayor poblamiento en toda su extensión, las parcelaciones, la presencia de actividades turísticas y la instalación de locales comerciales y gastronómicos.

A pesar de y/o los cambios (“según nuestro parecer / cualquiera tiempo pasado / fue mejor”, escribió el poeta Jorge Manrique), las caletas son lugares que reciben la permanente visita de turistas, de quienes deben transitarlas por trabajo, de nuestros artistas, quienes recorren y aprecian su singular paisaje: el espacio marino, su fauna y vegetación, los senderos costeros y botes varados, toda la memoria que se conserva y se recrea en las prácticas culturales de sus habitantes.